

TRES ACTITUDES HUMANAS FRENTE A LA MISION

Mediante la meditación de las dos Banderas se nos ha iluminado la inteligencia y se nos ha dado distinguir, en el campo del mundo, la cizaña y el buen grano: lo que proviene de Dios y lo que fue sembrado por el Enemigo. La noche y la niebla pueden oscurecer nuestro camino y dificultar la navegación, pero nosotros ya no podemos perder el rumbo porque ya disponemos de una brújula.

Pero todo esto no nos servirá de nada, si no nos decidimos a partir. Los mapas marítimos no hacen el camino. Y así, San Ignacio, en la vigilia de la elección de la misión que recibiremos de Dios, nos manda verificar la verdad concreta de nuestro deseo. ¿Estamos dispuestos a entregarnos totalmente con toda nuestra carne, corazón y voluntad al seguimiento de Cristo?

Como la experiencia enseñó a Ignacio, en ese momento del recorrido surgen en nosotros diversas resistencias. Por eso, mas bien que negarse a verlas, nos invita a reconocerlas y a suplicar al Señor que mueva nuestra voluntad y nuestra afectividad para que, como indica el título de la meditación de los 'tres grupos de hombres', "abracemos lo que es lo mejor", cualquiera que sea nuestro sentimiento, nuestra preocupación.

Para hacerlo nos invita a considerar tres tipos de hombres. Los tres han adquirido legítimamente una importante suma de dinero sin preocuparse del amor divino: pero quieren "salvarse y encontrarse en la paz de Dios nuestro Señor", desembarazándose del obstáculo que constituye para ellos el apego a este bien. Frente a este objetivo, nuestros tres hombres adoptan actitudes diferentes.

El primer hombre "quisiera" suprimir el apego al bien adquirido, pero "no utiliza los medios necesarios hasta el momento de su muerte".

Su actitud se caracteriza por un desear en "condicional": ha sido seducido por Cristo, pero esta seducción no ha superado su inteligencia. Teóricamente, es favorable completamente al proyecto de las Bienaventuranzas, pero no

lo desea verdaderamente. Sabe hablar muy bien de este proyecto, pero no lo realiza: De vez en cuando tiene el deseo superficial de llevarlo a cabo, pero las preocupaciones del día, el miedo de lo desconocido y los placeres aparentes le impiden continuamente ponerlo en acto. Se caracteriza más por sus afecciones que por el deseo de Dios. Hace pensar en esas personas que, en una piscina, caminan por la tabla del trampolín, comienzan a hacer algunos saltillos dando la impresión de que se van a zambullir, y luego, invariablemente, dan la vuelta sobre sus pasos por temor del salto. Son personas que no llegan jamás a decidirse por estar siempre ocupadas en considerar los pros y los contras, las ventajas y los inconvenientes de la actitud que ellos "quisieran" adoptar para liberarse de lo que les parece un apego. Son veleidosos, personas cuya intención generosa de entregarse a Dios no llega jamás a una decisión.

El segundo hombre, nos dice Ignacio, "quiere" suprimir el apego. Pero quiere suprimirlo conservando al mismo tiempo el bien adquirido, de modo que sea Dios quien vaya donde él desea.

Este quiere adherir verdaderamente al bien que se le propone - alabar y servir a Dios -, pero no va hasta el final de su propósito que consistiría "en elegir únicamente lo que más le conduce" al objetivo. No logra articular en sí mismo el fin y los medios. Quiere dos cosas a la vez: la paz del corazón en el servicio divino y el goce del bien que posee. No está dispuesto a sacrificar eventualmente el bien adquirido por el objetivo que se propone. No busca solamente al Señor: prefiere el compromiso. Se deja guiar por lo que le place y trata luego de que Dios ratifique su preferencia. En efecto, su propia voluntad asume la precedencia respecto a la búsqueda desinteresada del Reino. Se trata del hombre de las medias medidas: quiere el dinero y quiere a Dios. Hace pensar en ese paracaidista que quiere saltar verdaderamente, pero... ¡permaneciendo en el avión! Quiere suprimir el apego, pero, de hecho, no lo desea. Acepta seguir al Señor poniéndole sus propias condiciones. "Quiero seguirte, pero guardando mis bienes".

El segundo hombre lo encontramos concretamente en el Evangelio: es el hombre rico tal como nos lo describe San Marcos 10,17-22:

"Maestro bueno, ¿qué debo hacer para tener la vida eterna?", pregunta este hombre que hasta entonces ha observado todos los mandamientos. "Va, vende todo lo que tienes, y luego ven y sígueme". Se fue triste, nos dice el Evangelio, porque tenía muchos bienes...

Dicho de otro modo: quiere verdaderamente seguir a Jesús, pero llevando sus maletas. Como Pedro antes de la pasión, quiere servir a Cristo pero conservando sus puntos de vista sobre los medios a emplear. A decir verdad, no está dispuesto a perder todo, si eventualmente se le pide. No se decide a vender todo para comprar el campo en el que está escondido el tesoro. Ciertamente no se trata de un veleidoso como el primer hombre: ha hecho una parte del camino, ha cumplido la ley, pero continúa siendo un calculador y no se ha dejado todavía aferrar por la locura del Amor. Como dice el preámbulo a la elección (n.169): "estas personas no van directamente a Dios, pero quieren que Dios vaya derecho a sus apegos".

El tercer hombre quiere suprimir el apego, y es el "deseo de poder servir mejor a Dios nuestro Señor el que le impulsa a conservar el bien o a abandonarlo".

Lo que caracteriza a este hombre es su decisión de dejarse mover por Dios sin ponerle ninguna condición. Tal actitud no puede nacer sino de una larga contemplación de Jesús: es el fruto libre del amor y no la consecuencia de una actitud voluntarista. Así como Cristo se despojó de todo deseo propio para abandonarse incondicionalmente al Padre, del mismo modo este hombre, impulsado únicamente por el deseo del Reino, se pone en estado de libertad profunda en relación a lo que tiene y a lo que es. No es un hombre que tiene miedo y se lamenta: es un hombre apasionado, capaz de arriesgar todo por la Palabra que le será concedido oír. Ha comprendido que es Dios y no el hombre, él mismo, quien tiene que decir si debe conservar o no el bien adquirido. Tomando conciencia lúcidamente de aquello a lo que está apegado (no hay desapego sin un apego precedente...), está dispuesto a dejarse mover por el soplo del Espíritu, su sola pasión.

Ninguno de nosotros puede pretender llegar a este punto con sus propias fuerzas. Por eso, San Ignacio nos recomienda que imploremos y supliquemos al Señor que se digne ponernos en este estado. Este "querer" absoluto no puede nacer sino de un don de Dios, no del querer humano duro y perseverante. Para ello, como indica la nota 157, nuestra oración nos conduce concretamente a lo que nos tiene apegados, a lo que nos impide ser libres. El misterio de la Pasión ya deja sentir aquí su presencia.

* * *

Ignacio, proponiéndonos la meditación de los tres grupos de hombres, atrae nuestra atención a ciertos aspectos de la realidad: nuestros pensamientos y nuestras acciones la realidad: nuestros pensamientos y nuestras acciones están mandados no sólo por nuestra inteligencia (cf. las dos Banderas), sino por nuestra afectividad en el sentido más amplio del término. Nosotros pretendemos querer seguir a Cristo, conocemos los caminos, pero, en el momento de pasar a la acción, de ponernos en marcha para la misión que recibiremos, sabemos perfectamente que estamos apegados a todo tipo de cosas (dinero, afectos, gustos, etc...) buenas en sí mismas, pero cuyo uso no es una gran cosa en comparación con el único servicio a Cristo. Nuestra afectividad permanece cautiva de los apegos, por ligeros que sean; pero, como escribe San Juan de la Cruz en la subida al Monte Carmelo: "¿Qué importa que un pajarillo esté atado con un hilo o con una cuerda? Porque, por fino que sea el hilo, el pajarillo permanecerá atado como si fuera una cuerda hasta que no lo rompa para volar" (Subida al Monte Carmelo, Libro I, cap.11).

La única actitud que nos puede ya conducir es la de la Virgen María que, ante la pregunta divina, responde: "Hágase en mí según tu palabra". Por eso, la actitud más realista consiste en tomar conciencia de nuestros apegos, nombrarlos y presentarlos ante Nuestra Señora, ante el Hijo y el Padre, y en pedirles humildemente de convertirlos al servicio del Reino.

Odilon de Varine s.j.